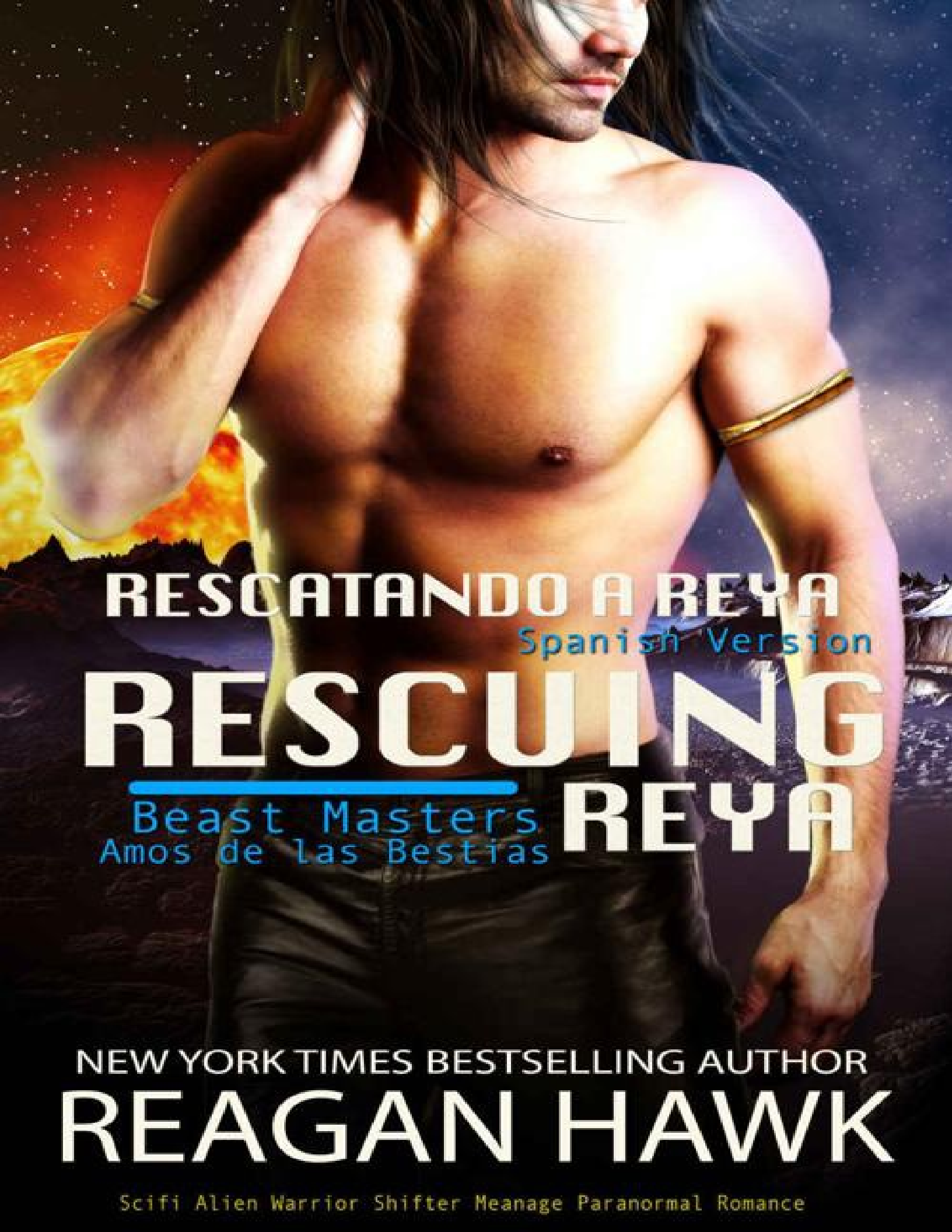




RESCATANDO A REYA

Spanish Version

RESCUING REYA

Beast Masters
Amos de las Bestias

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
REAGAN HAWK

Scifi Alien Warrior Shifter Meanage Paranormal Romance

RESCATANDO A REYA

los amos de las bestias

Libro 3

REAGAN HAWK

Rescatando a Reya. Copyright 2013 por Reagan Hawk.

Primera impresión electrónica, marzo de 2013, The Raven Books.

Editado por Suz Gower.

Edición final por Dianne B.

Todos los derechos reservados.

Todos los libros pertenecen a la autora y no pueden revenderse ni regalarse sin permiso escrito de la autora, Reagan Hawk.

Esta novela es una obra de ficción. Todos y cada uno de los personajes, acontecimientos y lugares son fruto de la imaginación de la autora y no deben confundirse con hechos reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o sucesos o lugares es mera coincidencia. Esta novela es solo para adultos. Debes tener 18 años o más para leerla.

Tenga en cuenta: Nuestros procesos de traducción y edición pueden combinar la experiencia de traductores humanos con herramientas lingüísticas avanzadas. Aunque nos esforzamos por alcanzar la máxima precisión, algunas contribuciones pueden proceder de hablantes no nativos o de sistemas automatizados

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Sobre la autora](#)

Sobre el libro

Este libro fue traducido del inglés.

Utan supervisa una de las casas de placer en el planeta Ralen. Cumple con el deber que se le exige, pero no alberga deseo alguno de encontrar satisfacción en una mujer que muchos buscan por dinero. Cuando su hermano le pide ayuda para encontrar a una pequeña mujer que llegó en una nave de traficantes de esclavos, Utan se apresura a ayudar a Altan. No estaba buscando una compañera, una mujer propia, pero no puede resistir el impulso de reclamarla como suya, incluso a costa del futuro de su hermano.

Reya lo tenía todo. La promesa del amor, de un futuro, de felicidad. Todo se basaba en mentiras. Mentiras que la dejaron en manos de traficantes de esclavos. Cuando se encuentra en un planeta extraño con hombres poderosos que pueden transformarse en bestias y que están en busca de ejemplares fuertes para satisfacer todos sus caprichos sexuales, sabe que la devolverán a los traficantes para enfrentar una muerte segura, así que huye... directamente a los brazos de dos hermanos. Uno que es dueño de un burdel y otro que lucha con todas sus fuerzas contra su bestia interior. Los tres deben encontrar una manera de unirse si quieren que funcione. Desafortunadamente, no todos tienen sus mejores intereses en mente.

Capítulo Uno

PLANETA RALEN

Utan de Ralen, del clan familiar Euntin, escuchaba mientras el oficial al mando del sector hablaba sobre el itinerario de la próxima semana. Los hombres debían regresar de planetas lejanos y necesitarían tiempo dentro de los muros de la Casa de Placer de Utan.

Asintió a Garon mientras este hablaba más sobre las necesidades de los hombres.

—¿Y tendrás suficientes mujeres en servicio para ellos?

—Por supuesto —respondió Utan. Envidiaba a Garon y a los demás. Hubo un tiempo en que él también estuvo en servicio activo y había luchado y participado en muchas batallas. Eso parecía haber ocurrido hace una vida. Cuando se le confió el cuidado de la Casa de Placer del sector local, todo cambió. Era más importante que él la dirigiera y mantuviera las cosas en orden para que el Calor no reclamara a más de sus hermanos—. Mis mujeres siempre están listas para servir.

—Bien —Garon se volvió hacia su segundo al mando, Lorne—. ¿Qué noticias tenemos del reciente accidente minero?

—¿Otro? —preguntó Jaston, un compañero guardia—. Ya van tres en un mes. No se debería permitir a los funcionarios hambrientos de minerales de Tagun que abran agujeros en su planeta si no pueden hacerlo de forma segura.

—De acuerdo —dijo Lorne. Miró a Utan—. ¿Has tenido noticias de tu hermano?

—No, Altan y sus hombres estaban limpiando las otras dos explosiones —dijo Utan con un suspiro—. No he oído nada de la nueva. ¿Garon?

—Solo que acaba de ocurrir. No tenemos información de si alguno de nuestros hombres estaba allí cuando sucedió. Cuando sepa más, te lo haré saber. Tienes mi palabra.

Utan sabía que la palabra de Garon era fiable.

Lorne lanzó una mirada pensativa a Garon.

—No podemos seguir enviando a nuestros hombres a sufrir porque ellos quieren obtener beneficios de algo tan peligroso. Y sabes tan bien como yo que el mineral que extraen solo puede usarse para fabricar armas. ¿A quién crees que arman con él? No a nosotros.

Garon suspiró.

—Esta decisión viene del consejo superior. Utan, me mantendré en contacto con nuestros hombres en Tagun. Te mantendré informado a medida que sepa más.

—Gracias —Utan asintió—. ¿Eso es todo entonces?

—Se levanta la sesión —dijo Garon.

Sin perder tiempo, Utan colocó su tableta de mano en su casillero y salió de la logia principal

de reuniones. Le disgustaba tener que detener todo por asuntos que le concernían poco. Ahora era visto como una especie de político, aunque no quería tener nada que ver con el título ni con lo que implicaba.

Jaston se puso a caminar junto a Utan.

—Me temo que detestas las reuniones más que yo. No creía que fuera posible.

Utan se rio.

—Oh, ciertamente es posible. Así que, no te he visto oscurecer mi puerta últimamente. ¿Estás bien?

Jaston inclinó la cabeza.

—Tan bien como puedo estar, y me temo que un poco de coño no arreglará lo que me aflige.

—¿El Calor? —preguntó Utan.

Jaston desvió la mirada.

—Me dicen que Altan también está teniendo problemas con eso.

—Así es.

Jaston le apretó el hombro.

—Lo superará.

Utan no estaba tan seguro.

Capítulo Dos

DOS SEMANAS DESPUÉS, justo fuera de la órbita de Ralen...

Reya volvió a toser, el aire de la nave de traficantes de esclavos le lastimaba los pulmones. Cada respiración era una agonía, y había tomado más de las que podía contar desde que la habían capturado y encarcelado a bordo de la nave de comerciantes meses atrás. La parte superior de su espalda estaba casi en carne viva de tanto jadear con la espalda presionada contra la pared de metal oxidado de su celda. Había estado demasiado débil para hacer algo más que yacer allí durante la mayor parte del angustiosamente largo viaje.

La puerta de la celda se abrió con un chirrido y ella levantó la mirada para encontrarse con uno de los dos guardias voxenitas que normalmente la vigilaban. Era el más amable de los dos, si se puede llamar "amable" a pincharla solo una vez con su vara eléctrica. Lo había hecho el primer día de su llegada, pero no lo había vuelto a hacer.

Inclinó la cabeza y las branquias a los lados de su cara se agitaron. Llevaba un aparato respiratorio sobre la nariz y parte de la boca. Verlo solía hacer que ella se encogiera y jadeara. Ahora ya estaba acostumbrada a él y a los otros como él.

—Ven —dijo.

Ella intentó ponerse de pie, pero estaba demasiado débil.

Él miró por el largo pasillo exterior y luego entró en su celda y se inclinó. La levantó con suavidad y la sacó de la celda, bajando por el pasillo hasta una gran cámara de descontaminación. No había tenido un baño decente desde que la habían sacado de la Tierra, Sección Siete del Viejo Mundo, y casi lloró de alegría al ver la unidad. El guardia la dejó suavemente en el suelo y señaló la unidad.

—Entra.

Ella lo miró con cautela.

—¿En serio?

No podía estar segura, pero creyó que él podría haber esbozado su versión de una sonrisa.

—Sí.

La idea de estar limpia le dio energía. Se movió tan rápido como pudo hacia la unidad de descontaminación y se quitó los harapos que había estado vistiendo. La unidad se activó, limpiando la suciedad y la mugre de los últimos meses. Su largo cabello rubio cayó libremente sobre sus hombros, limpio una vez más. La unidad se apagó y la puerta se deslizó para abrirse.

Desnuda, se paró frente al guardia y bajó la mirada, temerosa de lo que vendría después. El guardia se acercó a ella, sosteniendo un material en sus manos.

—No me temas.

Ella levantó la mirada.

Él le ofreció el material.

—Esto es para ti. Vístete con esto cuando termine aquí contigo. Alguien debería pagar un buen precio por ti. Eres... —recorrió su cuerpo con la mirada— muy agradable a la vista.

Ella se sonrojó y tomó suavemente el material de sus manos extendidas.

—No somos compatibles —dijo él, su voz ligeramente distorsionada por el aparato respiratorio.

Inclinando la cabeza, ella lo miró confundida, sin entender a qué se refería.

—Sexualmente —aclaró—. Mi especie y la tuya, no somos compatibles. Si lo fuéramos, te habría comprado para mí mismo.

—G-gracias —dijo ella mordiéndose el labio inferior—. Creo.

—Vístete. Aterrizaremos pronto. Pronto serás comprada.

Ella se tensó.

Él le tocó suavemente la mejilla y luego se volvió hacia un estante cercano. Le entregó un pequeño vial.

—Toma esto. Te ayudará aquí y aquí. —Audazmente tocó la parte superior de su pecho y luego se estiró para tocar la piel en carne viva de su espalda superior—. Tu tos ha empeorado. Esto ayudará. También ayudará a que tu espalda sane rápidamente. A los esclavos no se les permite esto en circunstancias normales. Es todo lo que pude robar de la sala de suministros. Lo siento.

Ella entendió el riesgo que estaba corriendo para ayudarla y lo apreció más de lo que él nunca sabría. Se puso de puntillas, completamente desnuda, sosteniendo el material contra su pecho, y plantó un beso en su mejilla branquial.

—Gracias.

Él la rodeó por la cintura.

—Toma el vial.

Ella tragó lo que había en él y casi se atragantó. Pensó que la había envenenado, pero sus vías respiratorias comenzaron a aliviarse casi instantáneamente. No era perfecto, pero era mucho, mucho mejor.

El guardia la mantuvo cerca. Su cuerpo presionado contra el de ella.

—Tu cabello es como el sol.

Ella no dijo nada, preguntándose si intentaría unirse a ella a pesar de que había dicho que no eran compatibles. Él la tomó por los hombros y la alejó a la distancia de sus brazos. Luego la miró de arriba abajo, repitiendo los pasos. Ella se dio cuenta de que tenía curiosidad. Él tocó ligeramente uno de sus senos.

—¿Estos proporcionan sustento a tus crías?

Reya quería odiarlo porque odiaba a los otros de su especie en la nave, pero él siempre había sido diferente con ella. Asintió.

—Sí. Una vez que una mujer de mi especie da a luz a un hijo, nuestros senos producen sustento para el niño. Aquí. —Puso su mano sobre la de él, manteniéndola en su seno.

Él apretó suavemente su pezón y un suave silbido de aire se escapó entre sus dientes apretados. Él la observó y tocó su otro seno con su otra mano. Lo apretó también.

—¿Son sensibles, como nuestros *palusions*?

Ella no estaba segura de qué era un *palusion*, así que no dijo nada.

Él tomó su mano y la llevó a la mitad de su torso. Los guardias y otros comerciantes siempre habían usado un traje de una pieza, y ella había asumido que debajo eran lisos y delgados.

Cuando sintió los bultos que se movían allí, tuvo una rápida imagen de serpientes. Casi apartó la mano, pero la mirada en sus ojos decía que su toque le daba placer, así que se obligó a quedarse quieta.

—Mis *palusions* —dijo él—. Es así como nos reproducimos. Mis *palusions* se unen con los *palusions* de otro y se realiza el intercambio. A partir de ahí, los huevos se implantan en aquel de mi especie que tenga la mejor oportunidad de incubarlos hasta que sea el momento de ponerlos.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Nuestras especies son muy diferentes —dijo él.

Ella asintió y luego hizo una pausa.

—Debes sentirte solo sin hembras de tu especie a bordo.

Él inclinó la cabeza.

—No tenemos hembras. No las necesitamos.

Ella mantuvo una expresión neutral.

Él volvió a tocarla.

—Verte hace que mis *palusions* se activen.

El miedo la invadió.

—¿Vas a poner huevos en mí?

Él sonrió, mostrando dientes irregulares.

—No. Eso no es posible.

—Entonces, ¿qué vas a hacerme?

—¿Te causo dolor? —preguntó él.

—No.

—Deseo explorarte. Saber más sobre tu especie —declaró—. Una vez fui científico entre mi gente antes de que las guerras devastaran mi planeta y forzaran a mi gente a los cielos. —Acarició su pezón, haciéndolo endurecer—. Me intrigas.

—¿Por qué yo?

—No lo sé —hizo una pausa—. Deseo aprender cómo se reproduce tu especie. ¿Me lo mostrarás?

Las manos de Reya temblaron. —¿Qué quieres saber?

Él miró hacia la puerta y luego de vuelta a ella. —Quiero ver dónde te unes con un macho de tu especie. Pero primero, debes ser afeitada para la venta.

¿Afeitada para la venta?

La condujo hacia una mesa con estribos. Ella no opuso resistencia. No sería rival para él, y durante el tiempo que llevaba cautiva había desarrollado cierto nivel de confianza en él. La ayudó a subir a la mesa y ella sostuvo cerca el material que le había dado. Él le separó las piernas y luego examinó su sexo.

—¿Has hecho esto con todas las mujeres a bordo? —Sabía que no era la única mujer. Había logrado mantener conversaciones a través de las paredes de su celda y por los conductos de ventilación. También sabía que todas las mujeres retenidas eran humanas o humanoides.

Él negó con la cabeza, su mano yendo hacia el interior del muslo de ella. —No soy uno de los que normalmente se encarga de la descontaminación y limpieza de las hembras. Nunca antes había tenido el deseo de hacerlo.

Ella se aferró a los costados de la mesa mientras las manos de él acariciaban la parte interna de sus muslos. —¿P-por qué yo?

—Eres pequeña para tu especie. Más pequeña que la mayoría.

Sí, era baja, pero no creía ser tan baja para ser una chica.

—Y hay cierta vulnerabilidad en ti —confesó él—. Tus pulmones.

Capítulo Tres

REYA SUSPIRÓ mientras yacía de espaldas sobre la mesa de examinación. Había sido maldecida con pulmones menos que perfectos desde su nacimiento, lo que le había impedido unirse a la Guardia Galáctica o hacer algo remotamente interesante. No es que sus padres hubieran permitido tal cosa en aquel entonces. Ellos creían que se casaría con un hombre rico y poderoso y tendría muchos hijos con él, asegurando así su posición de poder. Cuando la dejaron avergonzada y deshonrada en el altar, sus esperanzas para ella se hicieron añicos y fueron rápidos en darle la espalda.

Nunca la habían amado. Para ellos, ella había sido solo un boleto de comida. Nada más.

Las lágrimas amenazaban con caer. Se armó de valor.

El guardia alienígena continuó acariciando sus muslos internos.

—Tu piel es pálida.

—Sí.

El guardia la dejó por un momento y volvió con un láser de depilación portátil. Lo pasó por toda la longitud de sus piernas y luego se paró cerca de su cabeza. Le indicó que levantara los brazos. Ella lo hizo. Él pasó el láser por cada una de sus axilas.

—Los machos de este planeta prefieren a sus mujeres completamente depiladas —se movió hacia su vagina—. Pero a algunos les gusta un poco de vello aquí.

Ella jadeó cuando él la tocó entre las piernas.

—¿A qué planeta me llevan?

—Ralen —respondió él, y el miedo la atravesó. Había oído hablar de los hombres bestia que habitaban el planeta Ralen. Había oído cómo les gustaba el sexo duro y pervertido. Cómo ponían collar a sus mujeres y reclamaban la propiedad total de ellas como bárbaros.

—No quiero ir allí. Por favor, ¿no puedo ser vendida a otro lugar?

El guardia alienígena se encontró con su mirada.

—A ti te llaman Reya, ¿verdad?

Ella se sorprendió de que se hubiera molestado en aprender su nombre.

—Sí.

—Yo soy Cinco.

Ella parpadeó. ¿Su nombre era un número?

—Cinco, por favor, ¿no puedo ser llevada a otro planeta?

—Reya —dijo suavemente, moviendo el dispositivo de depilación entre sus piernas—. Esta es la última parada. Las que no sean vendidas aquí no serán vendidas —el énfasis que puso en las últimas palabras la asustó.

—¿Nos quedaremos con todos ustedes?

—No —confesó—. No tenemos necesidad de hembras de tu especie para nosotros. No podemos reproducirnos con ustedes y casi todos los de mi especie encuentran repulsiva a la tuya. Yo no. Y hace mucho tiempo hubo otros de mi especie que no lo hacían. Se dice que varias especies evolucionaron de la unión entre humanos y Voxenitas.

—Pero dijiste que no podíamos unirnos —dijo ella.

—Los Voxenitas de antaño podían. Nosotros no. Podemos obtener placer el uno del otro, pero no podemos reproducirnos. Nuestros sistemas no son compatibles de esa manera —terminó de remover el vello de su vagina y luego dejó el dispositivo a un lado—. Tu doncellez está intacta. Escaneamos en busca de vírgenes cuando tomamos a todas las mujeres a bordo. Las vírgenes obtienen un precio más alto.

—He hecho cosas con hombres. Cosas que me avergüenzan ante mi gente.

—Pero tu himen no fue roto —afirmó claramente.

—No.

Él pasó su mano sobre la almohadilla de su vagina recién suavizada. El placer recorrió sus muslos internos.

—Sin embargo, no eres totalmente ingenua en cuanto a las costumbres de los hombres y mujeres de tu especie, ¿verdad?

—No —dijo ella, jadeando suavemente mientras él acariciaba su clitoris.

—Complaces mis ojos y mis sentidos —dijo, frotándola más—. Deseo tocarte y darte placer. Si me dices que no, te devolveré a tu celda de inmediato —miró hacia la puerta una vez más, como si estuviera preocupado de que los atraparan.

Ella no encontraba atractiva a la especie Voxenita, pero había cierta necesidad en su mirada.

—Pero no obtendré un buen precio si ya no soy virgen.

—No romperé tu himen —pellizcó su clitoris de la manera correcta, haciendo que su vagina se inundara de fluidos—. Pondré mis *palusiones* sobre ti y te darán placer sin quitarte la virginidad.

Reya se quedó allí un momento y consideró decirle que no. El hambre y la necesidad en su mirada la detuvieron. Asintió. Él abrió el frente de su traje y sus *palusiones* se derramaron sobre su cuerpo expuesto. Tuvo que ahogar un grito de sorpresa. Sus *palusiones* eran tentáculos. Una masa de ellos yendo por todas partes de su cuerpo. Tocando todas sus partes íntimas a la vez. Las sensaciones que causaban eran abrumadoras.

—Cinco —jadeó.

Él se apartó de ella rápidamente y retrajo sus *palusiones* dentro de sí mismo. Cerró su traje de inmediato y se quedó perfectamente quieto cuando la puerta de la habitación se abrió. Entraron otros dos guardias. Le echaron una mirada especulativa, sin inmutarse por su estado de desnudez, y luego se enfocaron en él.

Cuando hablaron, fue en otro idioma.

Cinco asintió y ellos se fueron. Se acercó a ella y la ayudó a sentarse.

—Vístete rápido. Nos estamos acercando a la atmósfera de Ralen —hizo una pausa—. Gracias por permitirme tocarte.

—No pudiste terminar lo que empezaste —estaba casi molesta por ese hecho. Su cuerpo ahora estaba en un estado de necesidad.

Cinco tocó su mejilla de nuevo.

—Si yo fuera un macho humano, te elegiría. Me uniría contigo y engendraría mi descendencia en ti.

Ella no dijo nada a eso mientras se vestía con el material transparente. No cubría mucho. Tosió de nuevo, su pecho comenzando a arder una vez más.

Cinco suspiró.

—Intenté robar más del suero para ti. Lo siento.

—Gracias por todo lo que hiciste por mí —tocó las ataduras eléctricas que llevaba. Todos los prisioneros las tenían puestas.

Cinco la observó y luego bajó los párpados. Tocó primero las ataduras en sus muñecas, luego el resto.

—Ya no están activas. Cuando lleguemos al planeta, si no eres vendida, corre, Reya. Corre duro y rápido. No mires atrás.

Ella tosió de nuevo.

—¿P-por qué?

—Aunque deseo creer lo contrario, no creo que los machos de allí te compren debido a tus pulmones débiles —dijo, sonando molesto—. Y si no te llevan, mi gente te matará. Ellos te ven a ti y al resto de las mujeres como desechables. Así que corre cuando tengas la oportunidad.

La ayudó a terminar de envolver su cuerpo en la prenda transparente y luego la examinó.

—Eres tan agradable a la vista. Mantente a salvo y que te vaya bien, Reya. Si pudiera rescatarte de este destino, lo haría.

Ella asintió en agradecimiento justo cuando la nave se inclinó de izquierda a derecha. Cinco la atrapó y la sostuvo contra él de manera protectora. La nave se sacudió varias veces más antes de llegar a un alto final.

Cinco aflojó su fuerte agarre sobre ella.

—Trata de ser comprada, pero si no funciona, corre.

Ella asintió. —Entiendo.

—No puedo protegerte de mi gente. Déjate comprar o huye y nunca mires atrás.

—Sí.

La condujo fuera de la cámara y por un largo pasillo. Otras mujeres también eran guiadas por guardias. Sus guardias las empujaban y las pinchaban. Su guardia le acariciaba el brazo interno de manera tierna. Las puertas de la bahía de salida se abrieron al final del corredor.

El humo se arremolinó a su alrededor, provocando que Reya tuviera un ataque de tos. Five le frotó suavemente la espalda, pero nada ayudó. Tosió y tosió hasta que empezó a escupir sangre, y luego tosió aún más. Él la ayudó a bajar por la rampa hacia la brillante luz del sol de Ralen. Ella entrecerró los ojos y se cubrió la vista por un momento.

Five se inclinó y le susurró: —Tus restricciones están inactivas. No pueden hacerte daño. ¿Recuerdas lo que te dije? Si parece que no te van a comprar, corre.

—Sí.

Él se apartó y ella lamentó su pérdida. Era absurdo extrañar a un hombre que había tenido parte en mantenerla cautiva, pero extrañamente había sido más amable con ella que nadie en casi un año. Reya continuó tosiendo mientras se encontraba siendo conducida a un gran grupo con las otras mujeres.

Mirando a su alrededor, descubrió que estaban rodeadas de machos guerreros. Cada uno parecía feroz y viril. Nunca había visto tanta carne cruda en un solo lugar y su sexo, ya estimulado por el toque de Five, respondió. Se contrajo, deseando probar del buffet de machos.

Son salvajes, se recordó a sí misma.

Algunos llevaban taparrabos; otros usaban pantalones que parecían de cuero. Algunos de ellos se ajustaban descaradamente al ver a las hembras. Los ojos de Reya se abrieron de par en

par. Eran más hombre de lo que ella podía manejar. Mucho más.

Algunos de los machos tenían símbolos adornando sus cuerpos, mientras que otros carecían de cualquier tipo de marca. Era una combinación extraña y se preguntó sobre el cómo y el porqué de ello.

Otro ataque de tos la atrapó y un guerrero rompió filas y se acercó a ella. Bajó la cabeza y su cabello castaño oscuro se derramó sobre su hombro. Era sorprendentemente apuesto. Su mirada plateada la observaba de cerca. Varias trenzas adornaban su cabello y cuentas cerraban los extremos de estas. El taparrabos que llevaba dejaba poco a la imaginación. Su miembro era tan grande como él, y él era enorme.

Tragó saliva mientras él continuaba recorriendo su cuerpo con la mirada. Su cuerpo se calentó, deseando estimulación sexual. Five la había dejado en un estado de excitación y quería algo que aliviara el dolor entre sus muslos. El hombre frente a ella era poderoso y sexy. Serviría perfectamente si no fuera un maldito macho Ralenium, una bestia.

Aun así, era extremadamente guapo a pesar de la gran cicatriz en la parte superior derecha de su torso. Estaba curtido en batalla, probado y verdadero. El pensamiento la excitó aún más. Los hombres de la Sección Siete del Viejo Mundo no eran exactamente conocidos por su habilidad para cazar y recolectar. Estaban más entrenados en hablar y mentir. Ella lo había aprendido de primera mano.

El hombre levantó la barbilla, ahuyentando a otro macho que se había interesado en ella. Sabía que tenía que ser comprada o huir. Sus opciones eran limitadas. Reya batió las pestañas al macho de ojos plateados. Él se puso rígido y luego tocó su miembro cubierto. Inhaló.

—Soy Altan y puedo oler tu coño —dijo en voz alta y con voz profunda—. Me deseas.

El calor se apoderó de sus mejillas y quiso esconderse de la vista de los demás. ¿Cómo podía saber él sus deseos? ¿Acaso tenía escrito "ramera" claramente en la frente? ¿Y por qué anhelaba tanto el sexo? Era tan depravada como Jonathon la había etiquetado en casa. Se estremeció al pensar en él.

Él había tenido razón. Era una desviada sexual. Una mujer con deseos que rivalizaban con los de alguien que convertía el sexo en beneficio. No era de extrañar que la hubiera abandonado en la iglesia, negándose a comprometerse con ella de por vida, avergonzándola para siempre y marcándola como una mujer impura cuando en realidad nunca había puesto su miembro dentro de su sexo. Sus mentiras, sus afirmaciones de haber sido íntimo con ella, la habían arruinado y su padre la había echado a la calle. Un lugar que la dejó en manos de traficantes de esclavos.

Altan se acercó aún más hasta el punto en que ella podría tocarlo si quisiera. Aquí, en este planeta indigno, podría ser alguien más. Podría ser tan sexualmente libre como deseara, ¿no? Había leído en algún lugar que a ellos les gustaban sus hembras para nada más que la liberación sexual. Ella podría hacer eso por él. Podría aprender a complacerlo y, al hacerlo, salvarse de la muerte segura que Five le había asegurado que vendría.

Five.

Miró a su alrededor buscándolo, pero descubrió que no estaba con los comerciantes que estaban agrupados mientras un macho Ralen les gritaba. Five no había venido a despedirla.

—Eres pequeña —dijo Altan—. Apenas me llegas hasta aquí.

Señaló su pecho y ella podría haber jurado que sonrió.

—Soy más fuerte de lo que parezco —dijo con una voz tímida que carecía de verdadera convicción en el asunto. Cada palabra que decía contenía el impulso de toser. El impulso de mostrar cuán verdaderamente débil y rota estaba.

Una vez más, Jonathon había tenido razón sobre ella. Había dicho que su dolencia pulmonar

era impropia de una dama respetable.

Que se vaya al infierno.

Reya reunió valor y tocó al macho en el pecho. Era como tocar una roca caliente. No cedía. Era sólido. Su sexo se humedeció aún más ante la idea de que el bruto de un hombre se introdujera en ella. Sería una bestia en la cama, simplemente lo presentía. La reclamaría dura y rápidamente y follaría tan salvajemente como aparentaba. Su cuerpo ardía por ese tipo de reclamo. Quería un hombre de verdad. Uno que no insinuara sus necesidades solo para reírse y burlarse de ella después. Sino más bien uno que declarara claramente todos sus deseos depravados y esperara que ella cumpliera cada uno de ellos. Quería eso más que nada.

Altan le tocó el hombro ligeramente, apartando su largo cabello. —Sí, pareces bastante fuerte. Lista para la batalla, incluso —dijo con un destello de humor en su mirada plateada.

Ella se encontró sonriéndole. —Soy una maestra con la espada.

Su mirada la recorrió lentamente, y luego los músculos de su cuello trabajaron mientras tragaba. —De eso estoy bastante seguro.

Se dio cuenta entonces de que él había tomado su comentario como una insinuación sexual. De alguna manera la hizo sentir poderosa. Como si realmente tuviera la oportunidad de ser comprada por él. —Señor, tengo ciertas habilidades pero no todas. Aprendo rápido. Si me enseñas lo que quieres de mí, lo captaré rápidamente. Lo prometo. Y en caso de que te preguntes sobre mi virtud...

Él se inclinó e inhaló profundamente cerca de su cabello. Un sonido profundo, como un ronroneo, emanó de él mientras sus manos se movían hacia sus hombros una vez más. La atrajo hacia él bruscamente. —Podría olerte todo el día. ¿Qué aroma llevas?

—Nada —logró decir con un chillido—. Los comerciantes no nos proporcionaron ningún aroma.

—Altan, ¿estás bien? —preguntó otro hombre, con preocupación en su voz—. Tu Celo está cerca.

¿Celo?

No se atrevió a preguntar.

Altan la mantuvo sujeta y asintió.

—Ella lo calma.

Los ojos del otro hombre se abrieron de par en par.

—¿No?

—Es cierto —dijo Altan.

El hombre asintió y se alejó, pareciendo satisfecho con el intercambio. Reya estaba simplemente confundida. No estaba segura de qué era el Celo, pero parecía ser algo que debería preocuparle.

Altan se apartó de ella.

—¿Estás de acuerdo en ser mía?

Antes de que pudiera responder, su pecho comenzó a arder con la necesidad de toser, e intentó con todas sus fuerzas resistirse. Fracásó, tosiendo fuertemente en sus manos. Un líquido cobrizo llenó su boca y supo que había tosido más sangre.

Trató de esconder su mano, pero Altan le agarró la muñeca y jadeó cuando vio las gotas de sangre allí. El miedo la invadió y las palabras de Five resonaron en su mente. Él no quería a alguien defectuoso. Ella era defectuosa. La muerte era segura en la nave. Lo único que quedaba por hacer era correr.

Reya se alejó corriendo de Altan y se lanzó directamente hacia una zona boscosa. No estaba

segura de cómo logró correr tan rápido y no le importaba. La adrenalina se había disparado, al igual que las ganas de vivir. Corrió y corrió hasta que no pudo más y entonces disminuyó la velocidad. Al hacerlo, sus pulmones ardieron aún más. Jadeando con grandes bocanadas, salió tambaleándose del borde del bosque y divisó una especie de edificio grande. Desorientada por la falta de oxígeno, se tambaleó y luego se desplomó.

Capítulo Cuatro

ALTAN DE RALEN mantuvo el rastro del aroma de la diminuta hembra humana y corrió por el bosque tras ella. Era rápida. Más veloz que muchos machos Ralenium que conocía, a pesar de su dolencia. Su cuerpo se tensó al pensar en ella sangrando. Estaba enferma y necesitaba sanadores de inmediato. Para ser una mujer enferma, aunque hermosa, era veloz y escurridiza. Altan acababa de terminar una rotación fuera del planeta durante la cual él y los hombres asignados con él habían ayudado a un planeta hermano en una misión de recuperación tras un desastre minero. Los gases se habían acumulado en la mina, enviando temporalmente al lado bestia de él —el que podía oler todo perfectamente a distancia— fuera de control en cierta medida.

No era la primera vez que los machos Ralenium habían estado expuestos a los gases de las minas en Tagun, así que sabía que sus sentidos volverían a la normalidad en una o dos semanas. Hasta entonces, no estaba tan agudo como debería estar.

Prueba de ello era que una hembra humana se le había escapado.

Altan corrió en dirección a la Casa de Placer de su hermano. Utan no había llegado cuando se hizo el llamado para que los guardias se reunieran en las plataformas de aterrizaje. Utan rara vez lo hacía ya. Su enfoque estaba en su Casa de Placer. Era grande, una favorita entre muchos guerreros.

Irónicamente, Utan no disfrutaba de la compañía de las mujeres que trabajaban para él. Optaba por no participar de sus favores, lo cual desconcertaba a Altan y a los demás. Si Altan tuviera un burdel, se follaría a cada una de ellas hasta no poder más. El Calor exigía que aliviara sus necesidades sexuales, así que frecuentaba casas de placer a menudo. Como la mayoría de los hombres en el planeta.

La ausencia de hembras les dejaba pocas opciones. Era encontrar una puta para aliviar sus necesidades o quedarse rezando para que llegara una nave de trata de esclavos cargada de mujeres. Como las naves eran raras tan lejos, la mayoría simplemente se conformaba con lo que podía: las putas.

Altan fue directamente a la entrada trasera de la Casa de Placer de su hermano. Ni se molestó en llamar. Sabía que la puerta se abría al estudio personal de Utan. También sabía que las posibilidades de encontrar a su hermano acostado con una mujer eran escasas.

Utan estaba allí en su escritorio, con sus libros de contabilidad frente a él. Levantó ligeramente la cabeza.

—Buenos modales, hermano. Madre nos enseñó a llamar.

—Madre también nos enseñó a buscar una mujer y darle nietos. ¿Qué tal vas con esa lección?

Utan sumergió su pluma en el tintero y volvió a su trabajo.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Una mujer para la noche? ¿O dos mujeres para la noche? Solo puedo prescindir de dos. Solo tengo tres habitaciones libres.

—Noche ocupada.

Utan asintió.

—Entonces no se han enterado de que han llegado hembras —dijo Altan, entrando más y cerrando la puerta tras de sí.

Utan dejó su pluma.

—No. ¿Cuándo?

—Hace solo unos momentos. Garon y los otros negocian mientras hablamos.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó Utan—. Sé lo cerca que estás del Calor, hermano. Deberías estar allí, negociando por una mujer para ponerle el collar.

Su hermano tenía razón. Debería estar de vuelta en las plataformas de aterrizaje, tratando de encontrar una mujer para ponerle el collar y aplacar su Calor.

—Una hembra se escapó.

Los labios de Utan se crisparon.

—¿Y crees que corrió directamente hacia un burdel?

—Creo que no sabía hacia dónde corría, solo que estaba corriendo —explicó—. Y está enferma, hermano. Gravemente.

Utan se puso de pie rápidamente.

—¿Cómo así?

—Solo sé que tosió sangre.

—La nave, ¿era de los Voxenitas? —preguntó Utan.

Altan asintió.

—Hay más, hermano. La hembra, calma mi Calor con un simple toque, pero al mismo tiempo, la bestia nunca ha querido salir más. Utan, ella me hace algo.

Utan jadeó.

—¿Crees que es la indicada para ti?

—Así lo creo.

—Malditas estrellas, el aire de los Voxenitas es veneno para ciertas personas —dijo Utan—. Parece que esta hembra es una de ellas. Debemos darnos prisa.

—¿Veneno? —preguntó Altan, con su mente en la mujer y su largo cabello rubio y sus grandes ojos azules. Era tan pequeña. Tan débil—. ¿Es fatal?

—Sin tratamiento, sí.

Utan presionó un botón en su escritorio y una mujer vestida con material rojo transparente entró.

Su mirada se dirigió a Altan. Él la conocía bien. Se la había follado en muchas ocasiones por dinero, por supuesto. Siempre le pagaba por encima de su tarifa habitual por sus servicios. Ella comenzó a quitarse la tira de material que cubría sus pechos.

Utan puso los ojos en blanco.

—No. Él no busca servicios de la carne. Busca a Manuk. Dile que tenemos un envenenamiento de los Voxenitas.

Ella jadeó.

—Sí, Amo.

Se apresuró a salir.

Utan miró a Altan.

—¿Dónde está la hembra?

—Perdí su rastro cerca de aquí.

—¿Las minas de Tagun todavía jugando contigo? —preguntó su hermano mientras se movía al lado de Altan.

—Sí.

—Ven, la buscaremos.

Utan salió y comenzó a quitarse la ropa rápidamente. Le arrojó sus pantalones a su hermano y se quedó de pie sin vergüenza en su desnudez.

—¿Puedes cambiar?

—No con facilidad —confesó Altan—. Las minas...

Utan asintió y cambió de forma rápidamente. Su masiva forma de bestia negra era un *panu* o, como lo llamaban aquellos con vínculos con la Tierra, una pantera. A Altan le gustaban las costumbres y formas terrestres. Más de lo que debería como macho de Ralen. Siguió a su hermano mientras Utan corría en la otra dirección. Altan estaba preparado para correr lejos y trabajar duro para mantenerse al ritmo de la forma bestial de Utan. Cuando su hermano se detuvo en seco, casi tropieza con él.

Altan jadeó cuando vio a la joven hembra tirada en el suelo. No se movía. Las emociones lo invadieron, haciendo que su bestia empujara hacia la superficie. El pelaje brotó primero en sus nudillos, luego en el dorso de sus manos y sus antebrazos inferiores. Su cambio no era completo y sabía por qué. Las minas de Tagun. Tendría que forzar un cambio completo o quedar atrapado así.

Altan se movió a su lado justo cuando Utan estaba volviendo a su forma humana. Utan tocó su hombro.

—Aún respira, hermano. Llévala dentro de la Casa de Placer. El sanador ha sido convocado.

Altan sabía que las palabras de su hermano debían ser tranquilizadoras, pero el miedo de perder a la pequeña mujer, de quien aún no sabía el nombre, era demasiado. Su cuerpo sabía en lo profundo que ella era la indicada para él. La mujer a la que debía ponerle el collar. También podía ver claramente lo debilitada que estaba realmente. No podía perderla. Perderla sería perderse a sí mismo. Lo sabía, y por la expresión de Utan, él también.

Utan asintió hacia el bosque.

—Ve, Altan. Ve profundo en el bosque y fuerza un cambio. Debe hacerse. Estás demasiado cerca del Calor para permitir que esto se mantenga así. Yo vigilaré a la hembra. Me aseguraré de que los sanadores la traten y vendré por ti si su condición empeora. Ve.

—Gracias —dijo, asintiendo y corriendo.

Capítulo Cinco

UTAN LIMPIÓ la frente de la mujer y se quedó mirando su forma dormida durante mucho más tiempo del que debería. Ella sería para Altan cuando regresara de su cambio forzado. Su hermano estaba demasiado cerca del Celo para regresar hasta que estuviera en control. Si eso significaba más de un día, que así fuera. Hasta ahora, habían sido cinco. Altan no arriesgaría el daño que podría causarle a Reya si regresaba demasiado pronto y la bestia lo dominara por completo; era impensable. Ralen había visto tales cosas ocurrir en su historia en tiempos muy lejanos. Los resultados de que la bestia de un macho tomara el control se susurraban entre la gente desde una edad temprana para que entendieran completamente lo que estaba en riesgo.

Utan se estremeció al recordar la historia que su tío les había contado a él y a Altan al cumplir Utan dieciséis años. Era la historia de Wanu, un guerrero respetado y uno de los jefes de los sectores. Su Celo le había llegado rápidamente y sin muchas advertencias. Su elegida, una joven mujer del planeta Tagun, había salido con él, disfrutando de un almuerzo de picnic cerca de uno de los muchos ríos de Ralen. El Celo de Wanu lo dominó y, en su estado enloquecido y atrapado en la bestia, despedazó a su amor. Wanu había permanecido en forma de bestia y fue cazado y asesinado por sus propios hombres. Los mismos hombres que lo habían idolatrado solo días antes se vieron obligados a poner fin a su existencia y luego limpiar lo que había hecho.

Utan suspiró. Era ese tipo de pasado, esos incidentes que una vez fueron numerosos, lo que impedía que las mujeres de los universos acudieran en masa a Ralen para vincularse y ser collar. Aunque habían pasado más de cien años desde que ocurrió tal horror, no importaba. Para las mujeres de los muchos otros planetas, los horribles eventos del pasado estaban tan frescos hoy en sus mentes como lo habían estado hace mucho tiempo.

Quizás los hombres de Ralen estaban condenados. Malditos por las acciones de sus antepasados. Era difícil creer lo contrario.

Miró más a Reya, grabando su rostro en su memoria. Incluso con el conocimiento de que ella pertenecería a otro —su hermano—, Utan no podía dejar de observarla. Era tan hermosa y algo en ella lo cautivaba.

Ella será de tu hermano, se recordó a sí mismo.

Tenía un negocio que dirigir, pero había hecho poco más que rondar sobre ella desde su llegada varios días atrás. Había permitido que sus mujeres se encargaran del funcionamiento diario de la Casa. No era algo que normalmente permitiría, pero no parecía poder apartarse de la cabecera de Reya. Una o dos de las mujeres que trabajaban para él arquearon una ceja ante su interés en Reya, y una en particular parecía casi celosa.

Reya gimió suavemente en su sueño y Utan le tocó la mano ligeramente.

—Estoy aquí. Estás a salvo —susurró.

Ella se calmó un poco, cayendo en un sueño más profundo una vez más. Él permaneció cerca. Aunque su respiración era mucho mejor, todavía estaba más débil de lo que debería.

Manuk, un hábil sanador, juró que pronto estaría bien y que despertaría por más tiempo que los breves momentos que había tenido hasta ahora. Manuk también advirtió que el daño a sus pulmones era grande y que algo podría ser irreparable. Solo el tiempo lo diría. Pero Utan estaba impaciente. Quería saber que ella despertaría pronto y estaría sana y bien. La idea de que ella sufriera lo atormentaba, pero no estaba seguro de por qué. No era como si realmente conociera a la mujer en su cama.

Se siente como si la conociera de toda la vida.

Utan apartó su largo cabello rubio de su rostro y luego le limpió el cuello con el paño húmedo. Había hecho que algunas de sus mujeres limpiaran a la recién llegada cada día, pero hoy era diferente. No quería que se acercaran a ella. No le gustaba la forma en que le lanzaban miradas asesinas cuando merodeaba en su puerta. Actuaban como si estuviera pasando demasiado tiempo con ella y no el suficiente con ellas.

Qué tontas eran.

Había sido muy claro con cada una de ellas cuando vinieron a trabajar en su Casa de Placer que no tenía interés sexual en ellas y que no requeriría sus servicios de esa manera.

Cada una había creído tontamente que ella sería la que cambiaría su opinión. Que ella y solo ella de alguna manera lo haría pasar por alto su regla de negarse a mezclar negocios y placer. Lo último que quería era vincularse a una mujer que había atendido a media legión de hombres.

Suspiró.

No le agradaba la idea de que las mujeres atendieran a los hombres por dinero, pero las cuidaba bien. Se aseguraba de que siempre estuvieran seguras, siempre tuvieran comida y alojamiento, y que se les pagara bien por sus servicios. Pero no sentía lo que ellas deseaban que sintiera por ellas. Nunca lo había hecho. Altan no tenía problemas para acostarse con varias de ellas. Aunque incluso las visitas de su hermano por sexo habían disminuido considerablemente. Parecía que cuanto más se acercaba Altan a su Celo, más se daba cuenta de que las mujeres del establecimiento hacían poco para mantenerlo a raya.

Utan había caído en la propiedad de la Casa de Placer y no había querido mantenerla. Las órdenes directas de aquellos superiores a él no le dejaron otra opción. Las casas de placer eran males necesarios en Ralen. Los machos superaban en número a las hembras en cantidades demasiado grandes para contar. Se había hecho mucho para rectificar la situación, pero sin éxito. Las mujeres no venían a menos que no tuvieran otra opción. Rumores circulaban por el universo sobre cómo los machos Ralenium eran crueles y lastimaban a sus mujeres, cómo las mantenían encadenadas a la pared, usándolas solo para el sexo y nada más.

Rumores iniciados por aquellos que eran demasiado débiles para desafiar a Ralen directamente. En su lugar, elegían ejercer su venganza con palabras. Palabras que dañaban la oportunidad de supervivencia de los Ralenium. Aunque tenían vidas más largas que la mayoría, no importaba si no nacían jóvenes para continuar su legado. Las tasas de natalidad habían bajado debido a la falta de hembras con las que reproducirse.

Las mujeres que venían al planeta lo hacían principalmente a través de naves de tratantes de esclavos. No respondían a las campañas publicitarias positivas que los Ralenium habían intentado. Los machos nunca lastimarían a una mujer.

Jamás.

Iba en contra de todo lo que representaban.

Utan se concentró en la mujercita en su cama. Él mismo estaba sorprendido de haber exigido que la colocaran en su cámara personal. Hasta la fecha, ninguna mujer había estado dentro de las paredes de su habitación. Era su santuario, nunca para ser manchado por las impurezas del sexo pagado.

La mujer se agitó, su mirada verde encontrándose con él. Parpadeó varias veces antes de jadear y sentarse rápidamente. La sábana que cubría su forma desnuda cayó y sus pechos erguidos lo provocaron. Se le hizo agua la boca y su pene respondió. Mostraba gran interés en esta mujer, al igual que él.

Ella cubrió sus pechos con sus manos y miró alrededor de la habitación.

—¿D-dónde estoy?

—Estás a salvo dentro de mi hogar —respondió, cautivado también por su voz. Era suave y pequeña, como ella.

Movió una mano más arriba, su brazo aún cubriendo su pecho mientras tocaba la parte superior de su pecho. Respiró profundamente y luego sonrió.

—Puedo respirar. No duele. ¿Cómo?

—Las toxinas del aire a bordo de la nave de los Voxenitas han sido limpiadas de tu sistema —continuó observándola, teniendo cuidado de permanecer muy quieto en el borde de la cama por temor a asustarla con su tamaño.

Echó un vistazo a lo largo de su cuerpo. —¿Estoy desnuda porque querías examinar tu propiedad?

Confundido, ladeó la cabeza, su largo cabello oscuro moviéndose sobre un hombro. —¿Disculpa?

—Soy tuya, ¿verdad? —preguntó ella—. Tu esclava sexual. Pensé que el otro me conseguiría. El que tiene la pequeña cicatriz en la barbilla. Um, Altan. Sí, Altan era su nombre.

Él ocultó su sonrisa. —¿Y no deseabas ser capturada por alguien como él?

Ella tiró de la sábana, subiéndola para cubrirse los pechos. Su barbilla tembló y él temió que pudiera llorar, algo que no sería capaz de manejar. Ella tomó otro respiro profundo y luego valientemente fijó su mirada en él. —Soy una mujer educada que ha sido reducida a esto. Realmente no importa a quién pertenezca, no quiero ser una propiedad, pero lo soy. Así que, aunque técnicamente puedas poseer mi cuerpo, mi mente y mis pensamientos siguen siendo míos. —Dejó caer la sábana—. Hazlo.

Utan se inclinó y levantó la sábana, cubriéndola. Sus manos rozaron sus pezones y estos se endurecieron. Sus fosas nasales se dilataron y la bestia en su interior quería liberarse. Quería reclamarla, al diablo con su hermano. Si se atrevía a ceder, Altan se hundiría en el abismo y nunca regresaría. Utan logró controlar el momento y concentrarse en la pequeña mujer. Tenía cierto fuego en ella que le sorprendió ver.

—No tomaré lo que no ofreces verdaderamente —dijo, sin saber por qué no aclaraba el malentendido sobre ser su dueño—. ¿Tienes un nombre?

Ella lo miró fijamente durante un largo rato y luego las comisuras de su boca se elevaron. —Dices las cosas de una manera graciosa. Me gusta.

Por sus patrones de habla, probablemente era de la Tierra o de uno de sus planetas hermanos.

—Mi nombre es Reya de la Tierra, Sección Siete del Viejo Mundo.

—Yo soy Utan —dijo él.

Su frente se arrugó. —Utan y Altan. Vuestros nombres son parecidos. —Continuó estudiándolo—. Y os parecéis.

Él asintió. —Es cierto. Aunque nuestra madre te aseguraría que Altan es el engendro infernal

de los dos. —Le guiñó un ojo para hacerle saber que bromeaba—. Siempre ha sido un dolor de cabeza para ella, mientras que yo soy un hijo modelo.

Su sonrisa se ensanchó ligeramente. —¿Hermanos?

Él asintió de nuevo.

—Entonces, ¿pertenezco a los dos o solo a ti? —preguntó, y luego continuó sin darle oportunidad de responder—. Deberías saber que tengo algunas habilidades cuando se trata de situaciones sexuales, pero que aún no he tenido sexo real. No seré muy emocionante para ti al principio, pero aprendo rápido. Le dije lo mismo a tu hermano.

¿Ambos?

La idea resonó en él. ¿Podría ser así? ¿Podrían compartir a una mujer? Jaston y Malock habían estado en su establecimiento hace solo unos días, cuando la nave comerciante había aterrizado por primera vez, usando una de sus habitaciones para seducir a la mujer con la que ambos planeaban unirse. Era algo único para Ralen en los tiempos modernos, pero no siempre había sido así. Recordaba viejas historias que hablaban de dos machos uniéndose a una hembra.

¿Podrían él y Altan hacer algo así?

Utan deslizó su mano sobre la de ella. —Reya, por ahora preocupémonos por asegurarnos de que estés bien. El resto caerá en su lugar.

Ella arqueó una ceja.

—Una pregunta se forma en tu mente, pero no en tus labios —afirmó con calma, disfrutando de lo expresivas que eran sus facciones.

—Te dije que no quiero ser una propiedad, y que no soy una amante emocionante, pero no has gritado ni una vez. ¿No son todos los machos Ralenium unos brutos, listos para transformarse en bestias y caer sobre los inocentes?

A Utan le costó todo su esfuerzo no deshacerse en ataques de risa. Tuvo que tomarse un momento para recomponerse. —¿Quizás no todo lo que has oído es verdad?

—Quizás —respondió ella, aún observándolo de cerca—. ¿Estoy desnuda porque me inspeccionaste como lo hizo el traficante de esclavos?

El humor jovial de Utan se agrió ante la idea de un traficante de esclavos tocándola. —Me contarás más sobre esto.

Ella se puso rígida y luego inclinó la cabeza, desviando la mirada mientras le contaba sobre el traficante de esclavos que quería ver cómo una mujer de su especie se unía con un macho. Cuando llegó a la parte donde él puso sus órganos sexuales sobre su cuerpo, Utan apenas pudo controlar a su bestia. No era conocido por tener problemas con ella. De hecho, otros a menudo lo consultaban en busca de secretos para controlar sus bestias y su Calor.

Sus incisivos comenzaron a alargarse. —Lo buscaré y arrancaré su cabeza de su escuálido cuerpo.

Reya soltó un grito ahogado, con los ojos muy abiertos. —Tus dientes.

Su ira se enfrió al ver el miedo en sus ojos. Sus dientes volvieron a la normalidad y apartó la mirada. —No me gustó escuchar que se aprovechó de ti y de la situación.

Ella no dijo nada durante lo que pareció una eternidad y él continuó mirando hacia otro lado, inseguro de tener control total sobre su bestia. Cuando su pequeña mano encontró su hombro, se tensó. Ella se acercó a él, de rodillas, con la sábana pegada a su cuerpo.

—No me hizo daño —dijo ella—. Tenía curiosidad por ver cómo era una hembra. Y no rompió mi barrera vaginal, así que tu compra está intacta, Amo, eh, ¿Señor? Uh, ¿cómo debo llamarte?

Utan giró su rostro y encontró el de ella cerca del suyo. Ondas de mechones dorados iban en

todas direcciones alrededor de su cabeza, haciéndola parecer salvajemente besable, incluso. — Debes llamarme Utan.

—Muy bien, Utan. —Ella ofreció una cálida sonrisa—. ¿Cómo funcionará esto? ¿Debo permanecer siempre desnuda aquí? ¿Y solo espero hasta que quieras sexo de mí o te sigo y también lo inicio yo?

Sí.

Tuvo que tomar un respiro profundo, su miembro ya hinchado y duro cerca de ella. — Primero, nos ocuparemos de tus necesidades y luego pensaremos más en el resto.

—¿Mis necesidades? —repitió ella.

—Has estado aquí durante días, Reya. Necesitas comida y estoy seguro de que te gustaría un baño que no venga en forma de palangana.

Ella miró hacia la palangana y el paño de lavado cerca de ella. —¿Me bañaste?

—Ven. Puedes sumergirte en un baño caliente mientras hago que te traigan comida —dijo, negándose a responder su pregunta. Le gustaba que ella pensara que era suya. Más que eso, le gustaba pensar que ella era suya.

Hubo un suave golpe en la puerta de su cámara.

—Adelante.

Shebia entró, su mirada celosa cayendo instantáneamente sobre Reya. Se centró en Utan. — Amo, han llegado hombres adicionales. Más de los que tenemos mujeres para atender. —Miró a Reya—. ¿Está ella lista para comenzar a dar servicio? Aunque no veo cómo podrá conseguir mucho dinero; es pequeña.

Reya se tensó, sus uñas clavándose en el hombro de él. Miró de Shebia a él y su mandíbula cayó abierta. —¿Un burdel?

Shebia resopló. —No es tan simple como creíamos al principio. Ven. Me aseguraré de que estés lista para recibir clientes. Puedes fijar tu propio precio dentro de los límites de las guías de la Casa. Te sugiero que empieces por el más bajo.

Utan gruñó y enfrentó la mirada de Shebia. Ella se había extralimitado. —Vete.

—Pero, amo, la necesitamos.

—¡Fuera! —gritó él.

Shebia se sobresaltó antes de cerrar la puerta y escabullirse por el pasillo.

Reya intentó tirar de la sábana y ponerse de pie, pero no pudo cubrirse porque Utan estaba sentado sobre ella. De todos modos, se levantó ante él en todo su esplendor desnudo. Él tuvo que luchar para no arrastrar su pequeña figura contra sí mismo y follarla sin sentido.

Ella mantuvo la cabeza baja, con el cabello cubriéndole el rostro. —Si me indica dónde está el baño, me limpiaré y me pondré a trabajar.

Él extendió la mano y le tocó la barbilla, obligándola a levantar la mirada. Fue entonces cuando vio sus lágrimas contenidas. —Reya.

—Ahora lo entiendo —dijo ella, con voz temblorosa—. Nadie me quería, así que terminé aquí en un burdel. No me sorprende. Con mis pulmones y todo, sé que estoy rota. Por un momento pensé, incluso esperé, que Altan me quería. Luego confundí tu amabilidad con deseo. Soy una idiota. Estoy tan desesperada por ser deseada que lo invento. —Sus labios temblaron—. Debería estar agradecida de que no me hayan tirado a la basura como lo habrían hecho en la nave. Gracias por acogerme cuando nadie más lo haría.

Utan, un maestro del autocontrol, se encontró quebrándose mientras la atraía hacia sí. Tiró de su rostro, acercando sus labios a los suyos. Esperaba resistencia. No esperaba que ella jadeara en su boca y luego correspondiera a sus avances.

Capítulo Seis

LA LENGUA DE REYA encontró la de Utan y su cuerpo se encendió de deseo. El hombre era su guardián y ella se sentía salvajemente atraída hacia él. No tenía sentido para ella. Cuando se había despertado en su cama y lo había encontrado sentado allí, con un paño en la mano, se había quedado sin palabras. Él, al igual que el hombre que había encontrado por primera vez en el planeta, era tan increíblemente apuesto que le costaba pensar.

Había algo en sus ojos y en la forma en que se comportaba que decía que podía dominarla en el dormitorio, justo como ella siempre había anhelado. Que podía hacer que su cuerpo sintiera cosas que nunca antes había sentido, y que si él movía un dedo, ella se doblaría a todos sus caprichos. Tristemente, esperaba que hubiera hecho lo mismo por Altan. ¿Eran así todos los Raleniums? ¿Su cuerpo estaba sintonizado con ellos? ¿Los serviría a todos con tanto vigor y deseo desenfrenado?

Mientras su lengua se movía por su boca, se encontró presionando su cuerpo desnudo contra él. Sentado en la cama, él seguía siendo alto y difícil de alcanzar. Se empujó contra él aún más, trepando sobre su regazo. Sus manos encontraron sus caderas y la atrajo hacia sí, sus piernas rodeando su cintura. Él tenía demasiada ropa y ella quería sentir su grueso, duro y elegante miembro contra su monte de Venus.

Fuera lo que fuera lo que él le estaba haciendo, era poderoso. Ella deseaba a este hombre. No estaba segura del cómo o el porqué, pero sabía que quería complacerlo. Tal vez era una profunda gratitud por haberla salvado de un destino de muerte a manos de los traficantes de esclavos. Ya que nadie más la había querido, Utan al menos le había dado una oportunidad de sobrevivir.

Él se recostó, llevándola consigo. Ella continuó besándolo, sintiéndose poderosa porque estaba encima de él. Cuanto más fuerte lo besaba y se frotaba contra él, más sus manos recorrían su cuerpo, tirando de ella como si quisiera atravesarla.

Él rompió el beso y la mantuvo a distancia de un brazo. —¡Ve! ¡Llama a Shebia y a las demás rápidamente!

Confundida, ella lo miró desde arriba, su mirada dorada llena de lujuria. Pensó más detenidamente en su petición y luego asintió, haciendo un movimiento para deslizarse fuera de él. —Entiendo. Sé que no soy ningún premio, que los de tu especie prefieren a sus mujeres más fuertes que yo. Traeré a las otras para que te atiendan. Lo siento. No sé por qué te besé.

Él golpeó su cabeza contra la cama. —R-Reya, ¡aléjate de mí, ahora!

Herida, no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla. Rechazada de nuevo. Era la historia de su vida. Se alejó completamente de él.

Él la agarró y se puso de pie, alzándose sobre ella. —¿Intento salvarte de ser arrebatada por

mí y lloras?

¿Arrebatada por él?

¿No la estaba rechazando? ¿La estaba protegiendo?

Se limpió la mejilla y le sonrió. —Iré a buscar a las otras.

—Reya —dijo él, su voz mucho más profunda de lo que había sido—. ¿Ahora sonríes?

Ella asintió. —Estoy feliz de que quieras arrebatarme.

Sus ojos se agrandaron. Tragó saliva con dificultad y la mantuvo sujeta. —Báñate.

Ella asintió, entendiendo que sus sentidos probablemente estaban intensificados porque podía transformarse en una bestia.

Él la llevó a través de la habitación hasta una contigua y abrió la puerta de golpe. Era una gran cámara de baño con una enorme bañera que burbujeaba. Cuando él comenzó a desvestirse, ella ocultó su emoción. ¿Se iba a bañar con ella?

No podía dejar de mirarlo mientras se quitaba la camisa, arrojándola a un lado. Cada centímetro de él estaba esculpido. Cuando se quitó los pantalones y se quedó completamente desnudo frente a ella, sabía que estaba mirando su miembro de una manera poco femenina, pero no podía evitarlo. Era enorme.

—Reya, estoy al borde —dijo él, con voz profunda—. Si sigues mirándome con deseo en tus ojos, *me abalanzaré sobre ti*.

—De acuerdo —dijo ella, levantando los brazos—. Abalánzate sobre mí.

—¿Qué?

—No es así como quería perder mi virginidad, en algún planeta extraño, pero sé para qué me estás limpiando: para servir a otros, y me gustaría tener algo que decir en todo esto. Si eso significa que te elijo a ti para ser mi primer amante completo, que así sea. Es un poco de control y, honestamente, Utan, nunca soñé que un hombre pudiera verse como tú.

Él echó la cabeza hacia atrás como si tratara de recuperar el control de sí mismo.

Reya reunió valor y se acercó a él antes de ponerse de rodillas. Tomó su duro y largo miembro y él jadeó, mirándola. Ella movió su cabeza hacia adelante, abriendo su boca y tomando la cabeza de su miembro entre sus labios. Si iba a servir a los hombres, entonces maldita sea, iba a elegir a su primer compañero de cama y Utan era el elegido. Había hecho lo suficiente con hombres para entender lo que les gustaba, y a sus amigas en la Sección Siete del Viejo Mundo les gustaba susurrar sobre las cosas traviesas que le habían hecho a los hombres. Ella podía hacer esto. Podía asegurarse de que su primera vez real fuera buena.

Tomó más de su miembro en su boca y este bajó por su garganta. Se relajó al recordar que las chicas de casa susurraban que eso era lo mejor que se podía hacer. Su mandíbula se abrió más, permitiendo que más del eje de Utan entrara en su boca. Se movió, subiendo y bajando la cabeza, chupando su miembro. Usó sus manos para ayudar a cubrir y estimular la parte que no podía meter en su boca. Simplemente había demasiado hombre para tomar.

El pensamiento humedeció su sexo. Él inhaló profundamente, sus manos encontrando su cabello. Tomó el control guiándola mientras ella lo complacía con su boca. Aumentó el ritmo y su boca hacía ruidos extraños mientras su miembro entraba y salía de ella. Sus pezones estaban duros y su sexo húmedo ante la idea de que lo tenía así de duro, así de atrapado en el acto.

Utan empujó y ella apretó sus manos alrededor de la base de su miembro. Su miembro se estremeció y un líquido cálido llenó su garganta. Ella tragó su semilla. Él tembló, su mandíbula relajándose, su mirada fija en ella.

Ella mantuvo su miembro en su boca, continuando tragando su ofrenda. Cuando retiró su miembro, le tocó la mejilla y luego los labios.

—Vamos a bañarte y luego a alimentarte.

Ella asintió, preguntándose cómo lo habría hecho en comparación con todas las mujeres que él poseía. Dejó que la guiara hacia la gran y cálida piscina de baño. Él la siguió y luego, extrañamente, la lavó en lugar de que fuera al revés. Ella asumió que como su sirviente debía limpiarlo a él. Él lavó suavemente su cuerpo y acarició el monte de su sexo, su cuerpo invadiendo su espacio.

Ella tocó su brazo y meció su cuerpo contra su mano. Quería más. —Utan.

Él cerró los ojos. —Los dioses me maldecirán por esto. Por tomar lo que no es mío para tomar.

Ella negó con la cabeza, sin estar segura de lo que él quería decir. —Por favor.

Él encontró su mirada. La suya era feroz. La agarró y la levantó, envolviendo sus piernas alrededor de su cintura. Sus labios se unieron y la cabeza del miembro de Utan empujó en su entrada. Ella había oído todo el parloteo sobre que una mujer necesitaba estar preparada para recibir a un hombre. Si estuviera más lista, estallaría.

Ella se empujó sobre la cabeza de su miembro y el dolor se irradió por su sexo. Utan la detuvo para que no profundizara más en él y continuó besándola, ahuyentando el dolor. Luego se deslizó más adentro, sus cuerpos fundiéndose en el agua. El acto la excitó aún más. Se retorció sobre él, deseándolo más fuerte, más rápido.

Él cedió a sus deseos. Empujó su miembro profundamente dentro de ella y ella gritó en sus brazos. La folló como una bestia y a ella le encantó. Le encantaba lo exigente que era con su cuerpo y lo poderoso que era. Jonathon nunca habría podido sostenerla de esa manera mientras la embestía.

Apartó los pensamientos sobre él de su mente y continuó besando a Utan mientras la embestía. Él rompió el beso y arrastró sus labios por su mejilla hasta su oreja y luego su cuello. Gruñó, profundo y animal. Hubo dolor en su hombro justo en el mismo momento en que el placer invadió su cuerpo. Su orgasmo la mantuvo en su agarre mientras su cuerpo convulsionaba sobre el de Utan.

Él se puso rígido, con la boca aún firmemente presionada contra su hombro. Penetró profundamente, manteniéndose allí, y ella supo que estaba encontrando su liberación en lo más profundo de ella. Permanecieron unidos por lo que pareció una eternidad. Agotada, cerró los ojos justo cuando la presión en su hombro cesó. Él lamió el lugar y luego puso sus labios en su oreja. —Ahora eres mía, Reya. Y los dioses me mirarán con desaprobación por esto. No pude detenerme. No quise detenerme.

Exhausta hasta los huesos, asintió suavemente mientras apoyaba su mejilla en el hombro de él. —Soy tuya.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando el más mínimo de los cosquilleos comenzó en el fondo de su mente. —Y de Altan.

Capítulo Siete

UTAN SE ASEGURÓ de que Reya estuviera bien arropada en su cama y de que él estuviera vestido antes de llamar a Shebia. Aunque ella no aprobaba su afecto por Reya, era la más competente de sus mujeres: podía hacer que las cosas se hicieran. Entró en la habitación y al instante notó la forma desnuda y dormida de Reya.

—¿Has cambiado de opinión? —preguntó—. ¿Compartirás nuestras camas ahora?

—No —declaró él con claridad, sin querer malentendidos—. La mujer en la cama es mi compañera vinculada. No está en servicio aquí. Debe ser tratada como me tratarías a mí, con respeto. Asegúrate de que todas las mujeres sean informadas. Encárgate de que le traigan comida. —Miró fijamente a Shebia—. Debo buscar a Altan.

Ella asintió.

—Shebia, no continuarás con esta ira que he sentido de ti durante los últimos meses. Es innecesaria. Si no deseas estar en servicio en esta Casa, enviaré un mensaje a las otras para que sepan que buscas un nuevo empleo.

Ella jadeó.

—¿Me enviarías lejos? He estado aquí durante tres años.

—Soy consciente de cuánto tiempo has trabajado para mí —dijo él con calma—. También soy consciente de tu actitud últimamente. Es inaceptable.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Por qué ella, amo? ¿Qué tiene de especial?

—Fue creada para mí, Shebia. Has estado en Ralen el tiempo suficiente como para conocer nuestras costumbres y nuestras formas.

Su labio se curvó.

—Sé que cada uno de ustedes cree tener a alguien especial solo para sí. Sé que una gran parte de ustedes termina encerrada en forma de bestia siendo cazada porque todos fueron tontos esperando a alguien perfecto cuando tenían mujeres aquí todo el tiempo.

Utan retrocedió ante sus duras palabras. Nunca la había oído hablarle así antes. Cuando la realidad de la situación lo invadió, asintió.

—Shebia, tienes sentimientos por mí. Sentimientos que no deberías tener.

—Te amo, y sin embargo eliges a una extraña sobre mí —dijo ella, con voz baja.

Él acortó la distancia entre ellos. Tocó su rostro ligeramente.

—No soy el hombre para ti. Aunque tengo un profundo afecto por ti, no es en forma de amor o lujuria. Hablaré con los otros dueños de Casas y encontraremos una ubicación más adecuada para ti. Tal vez tengas un verdadero compañero cerca de uno de ellos.

Ella se rio, pero no sonó jovial.

—¿Crees que me querrían después de haber tenido una legión de pollas en mi cuerpo?

—Shebia, si él es tu compañero, te querrá independientemente de lo que haya en tu pasado.

Ella pareció apaciguada por sus palabras. Forzó una sonrisa en su rostro.

—Me ocuparé de tu señora esposa. ¿Cuál es su nombre?

—Reya. Y gracias, Shebia.

Ella salió de la habitación y él se acercó a la cama, sus manos encontrando la forma dormida de Reya. Sabía que debería dejarla descansar, pero ella estaba allí, frente a él, su cuerpo aún deseando el de ella.

Debes encontrar a Altan y decirle lo que has hecho.

Suspiró.

Su hermano nunca lo perdonaría. Peor aún, su hermano se perdería en el Calor. Utan se odiaba a sí mismo por su momento de debilidad. Sin embargo, no podía odiar a Reya. La idea le era extraña. Quería tomarla en sus brazos y abrazarla durante horas antes de hacerle el amor tiernamente, como ella merecía, en lugar de como una bestia, como lo había hecho.

Ella se movió, su mirada verde dirigiéndose hacia él.

—¿Utan?

—Duerme —susurró—. Debo salir. Shebia vendrá a atender tus necesidades. Ella puede ayudarte a instalarte.

Reya se incorporó parcialmente y sostuvo su mano.

—Vas a buscar a tu hermano, ¿verdad?

Él la observó.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Simplemente, bueno, siento que él debería estar aquí con nosotros.

La esperanza creció en él.

¿Podría ser que ella hubiera sido creada para ambos?

Se inclinó y la besó suavemente.

—Duerme, mi sol. Debo ir por Altan.

—Ten cuidado —dijo ella, volviendo a dormirse.

Él se apresuró hacia su escalera privada que conducía a su estudio.

Capítulo Ocho

EL LABIO inferior de Reya temblaba mientras Shebia aseguraba su otra muñeca al gran armazón en forma de X. Shebia la había despertado, diciéndole que debía darse prisa, que su primer cliente ya había esperado demasiado.

Reya estaba enferma de pavor ante la idea de permitir que otro hombre la tocara. Quería a Utan y, extrañamente, también a Altan. Pero no deseaba a ningún otro. Su vida ya no le pertenecía. Era propiedad de Utan, el dueño del burdel, y él había dicho que Shebia la ayudaría.

Luchó contra las lágrimas. Había sido una tonta al dejar que las nociones infantiles nublaran la realidad. Utan la había probado antes de lanzarla a su clientela. Era un buen negocio. Aun así, su vientre lo anhelaba, al igual que ella.

Shebia aseguró también las piernas de Reya a la X y luego retrocedió. Le arrancó la fina envoltura a Reya, exponiendo su cuerpo a cualquiera que entrara en la gran sala similar a un calabozo.

Shebia sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. —Le he dicho a tu cliente sobre tu amor por el dolor. Sabe que quieres sangrar y luego que te follen duro sin piedad. Y sabe que después de que te folle, querrás ser castigada de nuevo.

Reya jadeó. —¿Dolor? ¿Castigada? Qué, yo nunca dije que...

Shebia levantó un paño y lo metió en la boca de Reya, poniendo fin a sus protestas.

La puerta se abrió y un hombre grande se quedó allí, vistiendo solo un taparrabos pero sosteniendo un largo látigo. La miró y se lamió los labios. El miedo recorrió a Reya y Shebia sonrió, contoneándose hacia el hombre.

—Maestro Katu, bienvenido. Sé lo cerca que está su Celo y cuánto necesita una buena y dura follada. Esta es la chica nueva de la que le hablé. La que solo se corre si la golpean. Ama el dolor. Es de Lux Sunani y todos sabemos cuánto disfrutan del sexo y el dolor allí.

Reya luchó contra sus ataduras en vano.

El hombre se acercó. —Es exquisita. Mira qué pálida es su piel. No creo que pueda marcarla, solo sonrojarla un poco.

—Maestro Katu —dijo Shebia, pareciendo desesperada—. Solo puede llegar al orgasmo si la azotas hasta que sangre. Si la azotas hasta dejarla inconsciente y luego la despiertas con tu polla dentro, te aseguro que estará en éxtasis. ¿Te mentiría yo?

Él se inclinó y la besó. —¿Te quedarás a jugar?

—No. Debo irme. Hay mucho que hacer aquí en preparación para el regreso del Maestro.

Katu asintió.

Shebia se acercó a Reya y puso sus labios cerca de su oído. —No deberías habérmelo robado.

No te querrá después de esto. Estarás arruinada a sus ojos. Él no comparte a sus mujeres y no aceptará tu traición a tu vínculo sagrado. Él será mío y tú serás repudiada.

Reya gritó, pero la mordaza hizo que apenas se oyera. ¿Utan no quería compartirla? ¿Estaba vinculada a él?

Miró a Katu con miedo en los ojos.

Él se acercó e hizo restallar el látigo. Ella se estremeció y Shebia se rió. —Hazlo memorable, Maestro Katu.

—Planeo hacerlo. Gracias por esto, Shebia.

Ella se apresuró a salir y Reya se quedó sola con Katu.

Él se acercó y le apretó el seno izquierdo. —Eres hermosa. Qué delicia tenerte. Gracias por esto.

ALTAN SEGUÍA DE CERCA A UTAN. Ambos estaban adoloridos por los golpes que habían intercambiado. La traición de Utan era reciente y Altan sabía que le costaría todo. Por qué su hermano había insistido en que regresara para hablar con Reya estaba más allá de su comprensión. ¿Acaso Utan pensaba que escuchar cuánto había disfrutado Reya siendo follada por su hermano ayudaría en el asunto?

Entró en la Casa del Placer detrás de Utan y lo siguió por las escaleras privadas hasta sus aposentos.

Utan se detuvo. —¿Dónde está ella?

—Es *tu* esposa. Tú dímelo —espetó Altan.

Su hermano se giró para mirarlo. —¿Estás listo para escuchar de verdad, hermano?

Altan levantó la barbilla. —Habla. Dime cómo se suponía que debía ser. Cómo no pudiste controlarte, cómo...

—Cómo creo que ella es *nuestra* compañera, hermano. Como cuentan las historias antiguas.

Eso captó la atención de Altan. —¿Qué?

—En el fondo se siente correcto, ¿no es así?

Altan lo pensó más detenidamente. ¿Utan hablaba en serio? ¿Quería compartir a su esposa? Utan nunca compartía. Jamás.

—Buscas mantenerme alejado del Celo —dijo Altan con calma.

—Sí, pero digo la verdad. Creo que ella debe ser nuestra. No mía. No tuya. Nuestra.

Altan miró alrededor. —¿Ella está al tanto de esto? Porque no está aquí. Es una fugitiva.

Las cejas de Utan se juntaron. —¡Shebia!

Hubo un retraso y Shebia entró vistiendo nada más que un collar rojo. —¿Sí, Maestro?

—¿Dónde está Reya?

Shebia desvió la mirada de manera sospechosa. —No lo sé, Maestro. Vine a buscarla y se había ido. Los otros la oyeron susurrar sobre encontrarse con su amante, pero estoy segura de que son solo chismes.

Altan había compartido el lecho con Shebia lo suficiente como para saber que sus sentimientos por Utan eran retorcidos. Empujó a su hermano a un lado. —¿Qué has hecho?

—¿Yo? —jadeó ella—. Nada. ¿Por qué preguntas?

—Porque has estado enamorada de Utan desde que llegaste y le tomó casi cuatro meses recordar tu nombre. Él no te ama. Nunca lo ha hecho.

Su expresión se endureció. —Lo hará, muy pronto, cuando vea que su preciosa Rayito de Sol

se ha ensuciado con otro.

Capítulo Nueve

UTAN FUE el primero en entrar a una de sus muchas cámaras de tortura sexual. Allí vio a Reya, atada a la cruz, su desnudez expuesta a la vista de todos. El terror se reflejaba en sus ojos verdes mientras Katu se acercaba, una fusta en la mano. Utan casi perdió el control de su bestia, pero su hermano lo superó, cargando contra Katu en forma parcialmente cambiada y embistiéndolo.

El cuerpo de Katu salió disparado por los aires y aterrizó, cambiando parcialmente su forma para protegerse. El pelo cubrió sus brazos y unas largas uñas como dagas brotaron de sus dedos. Rugió, rodeando a Altan.

Utan se interpuso entre los hombres. —¡Alto!—

Shebia entró en la habitación, sus ojos abiertos de par en par y una mueca en su rostro. Parecía tan salvaje como Altan y Katu, y carecía de una bestia interior.

Utan la señaló. —Te haré comparecer ante el consejo por esto.

La mueca desapareció rápidamente, reemplazada por el miedo.

Bien. Ella debería tener miedo.

Colocar deliberadamente a la pareja de otro en peligro era castigable con la muerte en Ralen; al menos, el culpable sería exiliado de Ralen, enviado a su planeta hermano y nunca permitido volver.

Utan mantuvo sus manos extendidas, observando a cada macho alfa cerca de él, preguntándose cuál atacaría primero. Su suposición, Altan.

—Hermano, cálmate. Él no la ha herido—, dijo, dejando el *todavía* en el aire. Miró a Katu. —Ella es mi pareja unida. Creo que también es para Altan.

Katu luchó contra su bestia, sus ojos volviendo a la normalidad primero y luego su boca. —¿Tu pareja? —Katu miró en dirección a Shebia—. Me dijiste que era una nueva chica en servicio. Que venía de Lux Sunani y disfrutaba del dolor.

Utan le lanzó una mirada feroz a Shebia. Los Lux Sunanis eran conocidos en todo el universo por sus placeres perversos. Eran crueles durante el sexo, a menudo resultando en la muerte.

Shebia chilló y salió corriendo de la habitación. Si era inteligente, nunca dejaría de correr.

Katu regresó a su forma humana y bajó la cabeza. —Mis disculpas. Se puede solicitar una ofrenda de sangre.

—No—, dijo Utan. —Vete en paz. Esto no fue culpa tuya, viejo amigo.

Katu miró a Altan, y Utan sabía que estaba preocupado de que Altan no pudiera controlar su bestia. Podría estar en lo cierto. Tener a Katu cerca no iba a ayudar en nada la situación.

—Vete. Todo estará bien—, dijo, aunque no estaba seguro de que eso fuera cierto.

A regañadientes, Katu salió de la habitación.

Utan se colocó delante de Reya. —Hermano, la asustas.

Altan tembló y se dobló por la mitad, agarrándose el estómago. Rugió y Utan giró, quitando la bocado de la boca de Reya. —¡Habla con él, rápido!

—¿Altan? —preguntó, su voz pequeña, pero más que suficiente para que Altan la oyera.

Él torció la cabeza hacia un lado, su mirada feroz. —Estás herida.

Su voz sonaba más animal que humana. Utan permaneció cerca de Reya, listo para matar a su propio hermano si fuera necesario. Haría cualquier cosa para proteger a su pareja.

Reya negó con la cabeza, sus pechos balanceándose ligeramente. —No. No me tocó. Tú lo detuviste. Ambos lo hicisteis.

Altan no pudo controlarse al acercarse a ella, su mano primero a su mejilla y luego a su cuello. Trazó una línea hasta sus pechos. —Me huiste en los muelles de aterrizaje.

Ella parpadeó. —Porque pensé que me rechazarías por mis pulmones.

—Nunca—, susurró, su voz ronca por la bestia que estaba tan cerca de la superficie. —Te necesito, Reya, y no puedo ser amable.

Ella miró a Utan, quien asintió. Luego encontró la mirada de Altan. —Entonces tómame. Soy tuya para hacer conmigo lo que quieras. El Maestro Utan lo dice, así que es así.

Altan asintió con la cabeza. —¿Hermano?

Utan suspiró. —Ella podría pensar que es mi esclava sexual. Y podría no entender completamente que es mi esposa—mi igual—y que pronto también estará unida contigo.

Reya jadeó.

La bestia de Altan se calmó rápidamente al ver su conmoción. Entonces, se lamió los labios, su mirada se suavizó sobre él.

—¿Puedo tener a los dos? —preguntó.

Altan asintió. —Si nos aceptas.

—Lo haré —respondió tan rápido que casi le hizo reír.

Se inclinó y besó sus labios carnosos. Su lengua se metió en su boca y supo con certeza que ella era la indicada para él. Utan tenía razón. Ella era la indicada para ellos. Altan se deslizó hacia abajo, sus labios rozando su vientre. Su polla estaba pesada en sus pantalones, ansiando libertad, ansiando estar dentro de ella. Ella apaciguó su sed, domando su Fiebre. El olor de su coño llenó su cabeza y llegó a su entrepierna y le lamió la colina. Sabía incluso mejor de lo que olía.

Gruñó—un gruñido profundo y lujurioso.

Ella se retorció, las ligaduras la mantenían en su lugar mientras él abría su hendidura, su lengua encontrando su clítoris. Ella jadeó y tiró con más fuerza de las ataduras. Le gustaba tenerla a su merced, lista y deseando de él.

Deslizó un dedo dentro de su coño. Apretado. Caliente. Mojado. Y ella respondió como una compañera debería. Añadió otro dedo, deslizándolo dentro y fuera de su coño. Sus labios se movieron sobre su clítoris y lo chupó suavemente, disfrutando del conocimiento de que ella estaba loca de necesidad, al igual que él. Introdujo sus dedos en ella, su lengua acariciando su clítoris. Ella alcanzó su cima, jadeando, su coño apretando aún más sus dedos.

Miró hacia arriba mientras su hermano comenzaba a jugar con sus pechos. Utan pellizcó sus pezones de una manera que decía que no estaba siendo suave. Reya gritó, llegando más con los dedos de Altan. Su mano estaba mojada con su crema y se inclinó más, lamiendo su jugo, comprometiéndose a recordar el sabor.

Ella se quebró contra su toque nuevamente, tomando respiraciones profundas. —Por favor. No más.

—Sí —dijo Utan, besando su cuello, sus manos en sus pechos. —Más.

—No puedo.

—Puedes y lo harás —dijo Utan con firmeza.

Ella asintió, sus ojos verdes vidriosos de placer. —Lo haré.

Altan continuó, chupando suavemente su clítoris mientras la follaba con los dedos. Cuando no pudo soportarlo más, se puso de pie, abriendo sus pantalones, su polla dolorida balanceándose libre. La tomó y se alineó con su núcleo empapado. Con un largo y duro empujón, estaba profundamente dentro de ella, uno con ella como debería ser.

Utan se apartó, permitiendo a Altan este momento. Altan se lanzó contra ella como una bestia incontrolable. Se introdujo más profundo, tomando de ella lo que necesitaba—para que la Fiebre disminuyera. Se perdió en ella, sus cuerpos se fusionaron como uno mientras él se soltaba, dejándose simplemente follar por el mero hecho de follar.

Reya gritó, su coño tirando de su polla. Se inclinó, sus dientes se alargaron mientras mordía la carne tierna de su cuello. Su sangre cobriza llenó su boca, saciando sus necesidades primitivas mientras sus bolas se contraían y la semilla erupcionaba de su polla, llenándola.

Se apartó de su hombro y le lamió la herida, observando cómo se curaba casi instantáneamente. Sus labios encontraron los de Reya y ella lo besó con pasión.

Utan se puso a trabajar desatándola de la cruz mientras Altan continuaba besándola. Su hermano se metió entre ellos y tomó a Reya en sus brazos. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura y Utan encontró la mirada de Altan sobre el hombro de Reya.

Los hermanos compartieron un asentimiento antes de que Altan se deslizara detrás de Reya. Mientras Utan entraba en su coño, Altan tomó un bote de lubricante, lubricó la cabeza de su polla y luego la presionó contra su culo. Ella se detuvo y él se introdujo en ella lentamente al principio. Una vez que se acomodó, se movió con Utan, cada uno follando a su mujer mientras ella le daba la vuelta a la cabeza, gimiendo fuertemente, tomando todo lo que tenían para ofrecer.

Como una buena compañera debería.

Capítulo Diez

CUATRO SEMANAS DESPUÉS...

Reya estaba sentada entre sus hombres, Altan a su izquierda y Utan a su derecha. El Consejo llevaba horas escuchando testimonios sobre lo sucedido en la Casa del Placer. Shebia permanecía de pie, encadenada, con la cabeza gacha mientras sollozaba, aún fingiendo ser una víctima de todo aquello.

Nadie se lo creía.

Katu acababa de tomar asiento después de contar su versión de los hechos. Le hizo un gesto con la cabeza a Reya y ella le sonrió. Era un buen hombre. Había llegado a conocerlo bien durante las cuatro semanas transcurridas desde su primer encuentro.

Utan le levantó la mano y le besó el dorso antes de mirar el collar que llevaba alrededor del cuello.

Ella apoyó la cabeza en su hombro. —Sé a quién pertenezco.

—Más te vale —dijo Altan, levantándole la otra mano y besándola—. O te llevaremos a casa y te lo recordaremos.

Ella soltó una risita suave, sin querer llamar la atención de todos los presentes. Habían pasado casi ocho meses desde la última vez que se había convocado un consejo, y nadie recordaba una ocasión en la que se hubiera convocado uno por causa de una mujer.

Shebia había quebrantado demasiadas reglas de Ralen como para contarlas y lo sabía. Continuó con sus lágrimas falsas. —Oh, pero, Maestro Lord Magistrado, tenía miedo de que Utan me matara, ya que me estaba reemplazando por ella.

Hannak, quien presidía el consejo, arqueó una ceja negra. —Corrígeme si me equivoco, pero Utan nunca te tocó sexualmente ni con ira, ¿cierto?

—Fuimos amantes durante años —dijo ella, mintiendo con facilidad.

Hannak resopló. —Creo que cualquiera de nosotros que haya puesto un pie en la Casa del Placer local sabe que eso es una falsedad descarada.

Shebia dejó de fingir las lágrimas y entrecerró los ojos mirando a Hannak. —Esa zorra me lo robó. Él habría sido mi amante algún día. Ella lo arruinó todo. Ojalá estuviera muerta.

Hannak levantó una mano cuando toda la sala estalló en caos. —¡Basta!

Miró a los otros miembros del consejo: Lorne, Garon, Jaston y Malock. —¿Procedemos a votar?

Los hombres asintieron.

—Propongo el destierro —dijo Hannak, ignorando las súplicas de Shebia por otra cosa—. ¿Todos a favor?

Todos los hombres del consejo levantaron un brazo.

—Es unánime —dijo Hannak—. Guardias, asegúrense de que sea devuelta a una celda para esperar su transporte fuera de Ralen. Si alguna vez se la ve de nuevo en Ralen, no seremos tan indulgentes.

Aladore, el guardia más cercano a Shebia, asintió e hizo lo que se le ordenó. Cuando se acercó con ella, Shebia miró con furia a Reya. —No eres nada comparada conmigo.

Altan y Utan se inclinaron cerca de ella y Reya lanzó una mirada desinteresada en dirección a Shebia. —Sin embargo, yo llevo el collar de dos hombres y tú llevas cadenas, esperando ser expulsada del planeta.

Shebia siseó y fue arrastrada fuera por Aladore.

Utan se rio entre dientes. —Esposa, eres una mujer a la que temer, que nadie te diga lo contrario.

—Sin duda —dijo Altan mientras le besaba la mejilla—. Ahora, volvamos a casa y a la cama. Mi verga ansía estar dentro de ti.

—Qué romántico —dijo ella con un resoplido.

Altan le llevó la mano a los labios una vez más. —Te amo, Reya.

—Y yo también —le recordó Utan.

Ella mantuvo su sonrisa, sabiendo que los hombres harían cualquier cosa por ella y ella por ellos.

FIN

Sobre la autora

Una pizca de fantasía, una pizca de paranormal y mucho romance erótico.

La autora superventas del NY Times y el USA TODAY, Reagan Hawk, escribe machos alfa sexys y las mujeres que les hacen doblegarse con facilidad. Para leer más sobre los libros de Reagan, visita su sitio web www.reaganhawk.com